

en e-  
hec-  
de  
la b-  
biera  
A  
trin-  
de  
los  
na  
abri-  
con-  
Se  
all  
jo-  
do  
Rá-  
na  
se  
año  
y d  
mó-  
de  
dot-  
me  
gra-  
esti-  
dale  
ban-  
dr  
mud-  
dad,  
frío  
amb-  
ta  
gría  
mela  
cuan-  
esta  
cie d  
exh-  
int-  
rid-  
mi

regañón que gastaba en casa, su distraída imaginación y su espíritu de patrimonio, nos impidieron conocer en seguida sus admirables cualidades. A pesar de su adhesión al orden, no se veía éste con nosotros; era generosa y parecía avara; estaba dotada de una dulzura infinita y regañaba constantemente: mi padre era el terror de los de casa; mi madre era el azote.

Mis primeros sentimientos provinieron de este carácter de mis padres. Concebí un entrañable afecto hacia la mujer que me cuidaba, a quien llamaban *la Villeneuve*, y cuyo nombre escribo ahora con un sentimiento de gratitud. La Villeneuve era una especie de mayordomo de casa, que me llevaba en sus brazos, que enjugaba mi llanto, que me dejaba en un rincón para volver a cogerme más tarde, y que me llenaba de besos, refunfuñando: «¡Este no será orgulloso; tendrá buen corazón, y no tratará mal a las gentes! ¡Toma, chiquitín!» y me daba vino y azúcar en abundancia.

Lucila, la cuarta de mis hermanas, tenía dos años más que yo. Como segunda desamparada, se vestía con los despojos de las demás. Figuraos una muchacha flaca, muy alta, con los brazos caídos, tímida, que habla con dificultad, y que no consigue aprender nada; vestida con un traje cortado para otra; ajustad su talle con un corpiño, cuyas ballenas le llaguen los costados; adornad su cuello con un collar guarnecido de terciopelo negro; recoged sus cabellos en la parte superior de su cabeza; atadlos con una cinta de tela negra; y tendréis a la criatura que llamó mi atención al entrar en el techo paterno. Nadie hubiera podido descubrir entonces en la raquítica Lucila la belleza y talento que debían brillar en ella más tarde.

Entregáronmela como un juguete; pero yo, en lugar de querer tenerla sumisa a mi voluntad, me constituí en defensor suyo. Todas las mañanas nos llevaban a casa de las hermanas Couppart, dos ancianas jorobadas vestidas de negro, que enseñaban a leer a los niños. Lucila leía muy mal, pero yo leía peor. Las hermanas la reprendían; yo arañaba a las hermanas, y éstas se quejaban a mi madre. Comenzábase a creer que yo era un bribón, un revoltoso, un holgazán y un borracho. Todos los de casa participaban de esta idea; mi padre afirmaba que todos los caballeros de Chateaubriand habían sido destrozadores de libros, borrachos y

camorristas. Mi madre suspiraba y renegaba al ver el desorden de mi vestido. Yo, aunque niño aún, no podía sufrir con resignación los insultos que me prodigaba mi padre; y cuando mi madre acudía a completarlos, elogiando a mi hermano, a quien apellidaba un Catón, me sentía dispuesto a hacer todo el mal de que me creían capaz.

El señor Després, mi maestro de escritura, que llevaba una senda peluca a lo marinero, estaba tan descontento de mí como mis padres; hacíame copiar constantemente los dos siguientes versos, escritos de su letra, a los que cobré un horror invencible, que no procedía de la falta gramatical que se nota en ellos:

C'est à vous, mon esprit, à qui je veux parler:  
Vous avez des défauts que je ne puis celer.

Sus amonestaciones iban acompañadas de algunos golpes que me aplicaba a la parte posterior del cuello, llamándose *cabeza de achocre*; ¿quería decir *chorlito*? No sé lo que quiere decir *cabeza de achocre*; pero tengo para mí que ha de ser una cosa horrible.

Saint-Malo no es más que una roca. Edificado en otro tiempo en medio de un pantano salobre, llegó a convertirse en una isla por la irrupción de la mar, que en 709 socavó el golfo y dejó el monte de San Miguel circundado por las olas. En la actualidad la roca de Saint-Malo se comunica con la tierra firme por una calzada, que lleva el nombre de *Surco*. Invade este Surco por un lado la pleamar, y la marea, que va de rechazo para entrar en el puerto; por el otro, la lava. En 1730 la destruyó casi completamente una tempestad. Cuando baja la marea, se ven a la orilla Este y Norte de la mar montones de hermosísima arena. Entonces se puede dar la vuelta completa a mi nido paterno. Sembradas aquí y allí se ven infinidad de rocas, una porción de fuertes y algunos islotes inhabitados: el Fort-Royal, la Conchée, Césembre y el Grand-Bé, que será mi tumba; sin saberlo había escogido bien: *bé*, en idioma bretón, significa *tumba*.

Al extremo del Surco, se ve un promontorio llamado Hoguette, y sobre él se ostenta una horca, cuyos pilares nos servían para jugar a las cuatro esquinas, disputándose a las aves marinas. Con todo, teníamos una buena dosis de miedo siempre que nos deteníamos en aquel sitio.

Ahí están también los *Miels*, especie de

méganos donde pastaban los carneros; praderas en la parte baja del Paramé, el camino real de Saint-Servan, el cementerio nuevo, un calvario y molinos, como los que se elevan en la tumba de Aquiles a la entrada del Helesponto.

VIDA DE MI ABUELA MATERNA Y DE SU HERMANA EN PLANCOËT.—MI TÍO Y EL CONDE DE BEDÉE EN MONCHOIX. — RELAJACIÓN DEL VOTO DE MI NODRIZA.

Iba a cumplir siete años: mi madre me llevó a Plancoët para que me relevaran del voto de mi nodriza, y nos alojamos en casa de mi abuela. Si alguna vez he sido feliz, lo he sido en esta casa.

La que mi abuela ocupaba, tenía unos jardines que descendían hasta un valle, en el cual se veía una fuente circundada de sauces. La señora de Bedée no podía moverse; pero, a excepción de este achaque, no tenía ningún otro de los peculiares a su edad: era una anciana agradable, gruesa, blanca, limpia, de noble aspecto, de modales distinguidos, y vestida con un traje de pliegues a la antigua y una escofieta negra de encaje. Tenía un talento cultivado, un carácter reflexivo, y era circunspecta en su conversación. La cuidaba la señorita de Boisteilleul, su hermana, que únicamente se le parecía en lo bondadosa, y era una mujer flaca, enjuta, habladora y burlona. Había amado a un conde de Tremigon, que le dió palabra de casamiento, y faltó después a su promesa. Mi tía era poetisa y se consoló cantando sus amores. Recuerdo haberla oído tararear muchas veces, mientras bordaba los vuelos para las camisas de su hermana, un apólogo que principiaba así:

Un épervier aimait une fauvette  
Et, ce dit-on, il en était aimé (1).

Y terminaba con este estribillo:

Ah! Trémigon, la fable est-elle obscure?  
Ture lure (2).

Mi abuela fiaba a su hermana los cuidados de la casa. Comía a las once de la mañana y dormía siesta; se despertaba a la una y la conducían al pie de los terrados del jardín, donde hacía calceta, rodeada de su hermana, sus hijos y sus nietos. A las cuatro volvían a conducir a mi abuela a un salón, y Pedro, su criado,

(1) Un milano amaba a una paloma, y, según se dice, era correspondido.

(2) ¡Ah! Tremigon, ¿os parece la fábula obscura? Tararira.

llevaba una mesa de juego. La señorita de Boisteilleul hacía entrar otras tres viejas solteronas, que vivían en la casa inmediata. Eran las señoritas de Vildéneux, hijas de un pobre hidalgo que les había dejado una corta herencia, y que, habiendo decidido disfrutarla juntas, no se habían separado jamás, ni aun salido nunca de su aldea. Unidas a mi abuela desde la infancia con los vínculos de la amistad, vivían pared por medio, y pasaban diariamente a hacer la partida a su amiga. Principiaba el juego; las buenas señoras reñían y disputaban en grande; éste era el único acontecimiento de su vida. A las ocho venía la cena a restablecer la tranquilidad. Mi tío de Bedée asistía muchas veces con su hijo y sus tres hijas a la cena de mi abuela, y ésta contaba mil historias antiguas: mi tío refería a su vez la batalla de Fontenoy, en la cual se había encontrado; concluyendo por contar cuentos un si es no es colorados, que hacían reventar de risa a aquellas honestas señoritas. A las nueve entraban los criados, se arrodillaban todos, y la señorita de Boisteilleul rezaba el rosario en voz alta. A las diez todos dormían en la casa, exceptuando mi abuela y su doncella, a la cual hacía leer hasta la una de la mañana.

Esta sociedad, la primera a que asistí en mi vida, fué también la primera en desaparecer de mi vista. Yo he visto la muerte entrar bajo aquel techo de paz y de bendición, dejándolo solitario, y cerrando una tras otra todas sus habitaciones para no volver a abrirlas jamás. He visto a mi abuela precisada a renunciar a su partida de juego; he visto disminuirse el número de sus amigas, hasta que le tocó la vez: fué la última de todas. Su hermana y ella se habían prometido llamarse desde la otra vida tan pronto como faltase una de las dos: cumplieron fielmente su palabra; y la señorita de Bedée sobrevivió poco más de un mes a la señorita de Boisteilleul. Quizás soy el único hombre en el mundo que sepa que han existido todos estos seres. Veinte veces he hecho esta observación desde aquella época, y otras tantas he visto formarse y disolverse sociedades a mi alrededor. Esa imposibilidad de duración y consistencia en los vínculos humanos, ese olvido profundo que va tras de nosotros, ese invencible silencio que se apodera de nuestra tumba y que se extiende hasta nuestra casa, me impele constantemente al aislamiento. Cualquiera-

ra mano es buena para darnos el vaso de agua que necesitamos cuando nos veamos postrados por la fiebre de la muerte. ¡Ah! ¡Plegue al cielo que no sea para nosotros demasiado cara! Porque, ¿cómo abandonar sin desesperación una mano que hemos cubierto de besos, y que quisiéramos tener posada eternamente sobre nuestro corazón?

El castillo de Bedée estaba situado a una legua de Plancoët. Todo respiraba en él felicidad y regocijo. El buen humor de mi tío era inagotable. Sus hijos, Carolina, María, Flora y el conde de la Bouetardais, consejero en el Parlamento, participaban por igual de la ternura de su corazón. Una caterva de primos invadían con frecuencia a Monchoix, donde se tocaba, se bailaba, se emprendían cacerías y se bromeaba desde la mañana hasta la noche. Mi tía, a la cual no se le ocultaba que mi tío iba gastándose alegremente sus fondos y su renta, se incomodaba con sobrada razón; pero no la hacían caso; y su atrabiliario genio aumentaba el buen humor de su familia; ella era también algo maniática, y, entre otras rarezas, tenía la de dejar que se acostase en su falda un perrazo de caza muy arisco, y la de que la siguiera siempre como un jabalí domesticado, cuyos gruñidos atronaban el castillo. Cuando yo iba desde la casa paterna, excesivamente sombría, a esta casa de bullicio y de diversiones, me hallaba en un verdadero paraíso. Este contraste fué mayor, cuando mi familia se marchó a vivir al campo. Pasar de Combourg a Monchoix era pasar de un castillejo de un barón de la Edad Media a la casa de recreo de un príncipe romano.

El día de la Ascensión del año 1775 partí para Nuestra Señora de Nazareth, acompañado de mi abuela, mi madre, mi tía de Boisteilleul, mi tío de Bedée y sus hijos, y de mi nodriza y mi hermano de leche. Vestía una levita blanca, zapatos, guantes, un sombrero blanco y un cinturón de seda azul. Llegamos a la abadía a las diez de la mañana. Una calle de olmos del tiempo de Juan V de Bretaña envejecía el convento, que se halla situado al lado del camino. Esta calle conducía al cementerio; para penetrar en la iglesia, el cristiano tenía que atravesar la región de los sepulcros: la muerte conduce a la presencia de Dios.

Los religiosos ocupaban sus respectivas sillas en el coro; ardían en el altar multitud de velas, y de las bóvedas pendían gran cantidad de lámparas; en los

edificios góticos hay lontananzas y descubre la vista una especie de horizontes sucesivos. Los maceros salieron a recibirme a la puerta, vestidos de ceremonia, llevándome al coro, donde había preparados tres asientos: yo me coloqué en el del centro; mi nodriza se sentó a mi izquierda, y mi hermano de leche a mi derecha.

A poco empezó la misa; en el ofertorio se volvió hacia mí el celebrante, y leyó algunas oraciones; después me desnudaron de mis hábitos blancos, que quedaron colgados en *ex-voto* encima de una imagen de la Virgen, revistiéndome en seguida con uno morado, y el prior pronunció un discurso sobre la eficacia de los votos: recordó la historia del barón de Chateaubriand, que acompañó a San Luis al Oriente, y añadiendo que acaso visitaría yo también en la Palestina a aquella Virgen de Nazareth, a quien debía la vida por la intercesión de las plegarias del pobre, siempre agradables a los ojos de Dios. Aquel monje, que me contaba la historia de mi familia, como el abuelo del Dante le contaba la de sus antepasados, hubiera podido añadir también, como Cacciaguada, la predicción de mi destierro:

Tu proverai si come sà di sale  
Lo pane altrui, e com'è duro calle  
Lo scendere e il salir per l'altrui scale.  
E quel che più ti graverà le spalle,  
Sarà la compagnia malvagia e scempia,  
Con la qual tu cadrai in questa valle;  
Che tutta ingrata, tutta matta ed empia  
Si farà contra te... ..  
Di sua bestialitate il suo processo  
Farà la pruova: si ch'è te fia bello  
Averti fatta parte, per te stesso.

«Aprenderás lo salado que sabe el pan ajeno y lo duro que es subir y bajar las escaleras de otros. Pero lo que pesará más sobre tus hombros será la compañía depravada e insensata que te habrá de arrastrar en su caída, y la cual se volverá contra ti, haciendo alarde de ingratitud, de locura e impiedad...

»Su conducta será la mejor prueba de su estupidez; de ti depende, por lo tanto, adoptar el mejor partido.»

Desde la exhortación del monje he estado soñando constantemente con la peregrinación a Jerusalén, hasta que al fin me decidí a llevarla a cabo.

Fuí consagrado a la religión, y sobre los altares quedaron los despojos de mi inocencia; en la actualidad no son mis

vestidos los que habrán de suspenderse en estos templos; son mis miserias.

Regresé a Saint-Malo, que no es el Aleth de la *Notitia imperii*: los romanos fundaron un Aleth, pero no en Saint-Servan, sino en el *Solidor*, a la embocadura del Rance. Enfrente de Aleth había una roca, *est in conspectu Tenedos*, que fué el retiro del ermitaño Aarón, quien fijó su residencia en esta isla el año 507; en esa misma época fué la victoria de Clovis sobre Alarico: el uno fundó un reducido convento, y el otro una vasta monarquía: ambos edificios se han desplomado a un tiempo.

Malo, en latín *Maclovius*, *Macutus*, *Machutes*, fué nombrado obispo de Aleth en 511, y visitó a Aarón, atraído por su fama. Después de la muerte del santo fué capellán del oratorio de esta ermita, y erigió una iglesia cenobítica *in praedio Machutis*. Primero llevó el nombre la isla; después lo tomó también la ciudad *Maclovium*, *Maclopolis*.

Desde San Malo, primer obispo de Aleth, hasta el beato Juan, llamado *de la Parrilla*, que fué consagrado en 1140, ocuparon la silla cuarenta y cinco obispos. Habiendo quedado Aleth abandonado casi por completo, Juan de la Parrilla trasladó la silla episcopal de la ciudad romana a la ciudad bretona, que iba extendiéndose sobre la roca Aarón.

El conde de Richemont, después Enrique VII de Inglaterra, fué conducido a Saint-Malo. El duque de Bretaña le confió a los embajadores de Ricardo, y éstos lo iban a llevar a Londres para darle allí la muerte; pero consiguió evadirse burlando la vigilancia de sus guardias, y se refugió en la catedral. *Asylum, quod in ea urbe est inviolatissimum*: el derecho de asilo se remontaba hasta los druidas, primeros sacerdotes de la isla de Aarón.

Fué un obispo de Saint-Malo uno de los tres favoritos (los otros dos eran Arturo de Montaubán y Juan Hingant) que perdieron al desgraciado Gil de Bretaña: así se lee en la *Historia lastimosa de Gil, señor de Chateaubriand y de Chantocé, príncipe de la sangre de Francia y de Bretaña, estrangulado en la prisión por los ministros del favorito, el 24 de abril de 1450*.

Magnífica fué la capitulación entre Enrique IV y Saint-Malo; la ciudad trató de potencia a potencia; protegió a los refugiados dentro de sus muros, y obtuvo, en virtud de una cédula de Filiberto de la Guiche, autorización para fundir cien

cañones. Nada se parecía tanto a Venecia, por su religión, sus riquezas y su orden de caballería marítima, como la pequeña república de Saint-Malo; apoyó la expedición de Carlos V a Africa, y auxilió a Luis XIII en el sitio de la Rochela; su pabellón ondeaba sobre todos los mares: tenía relaciones con Moka, Suraté, Pondichery, y una compañía formada en su seno exploraba los mares del Sur.

Mi ciudad natal se distinguió desde el reinado de Enrique IV por su adhesión y su fidelidad a la Francia. Fué bombardeada por los ingleses en 1693, y el 29 de noviembre del mismo año lanzaron sobre ella una máquina infernal, con cuyos restos he jugado muchas veces con mis camaradas. En 1758 la bombardearon nuevamente.

Los habitantes de Saint-Malo prestaron a Luis XIV considerables sumas durante la guerra de 1701, y en recompensa de este servicio les fué confirmado el privilegio de defenderse por sí mismos; el rey quiso también que el primer navío de la marina real fuese tripulado exclusivamente por marineros de Saint-Malo y de su matrícula.

En 1771 renovaron su sacrificio haciendo a Luis XV un empréstito de treinta millones. El almirante Aussenot desembarcó en Cancale en 1758, y quemó a Saint-Servan. La Chalotais escribió en el castillo de Saint-Malo, con un mondadientes y con hollín, las memorias que tanto alborotaron entonces, y de las que hoy nadie se acuerda. Los sucesos borran los sucesos; son inscripciones grabadas sobre otras inscripciones, que forman las páginas de la historia de los Palimpsestos.

Saint-Malo proporcionaba a nuestra armada los mejores marineros: véase, si no, el *rol general* en el tomo in folium publicado en 1682, y titulado: *Rol general de los oficiales, marineros de guerra y marineros mercantiles de Saint-Malo*. Hay también otro tratado: *Fueros de Saint-Malo*, impreso en la colección general de los mismos.

Santiago Cartier, el Cristóbal Colón francés, que descubrió el Canadá, fué hijo de Saint-Malo. Sus habitantes señalaron también al extremo opuesto de la América las islas que llevan su nombre: *Islas Malúinas*.

Saint-Malo fué la cuna de Duguay-Trouin, uno de los mejores marinos que han existido: en la época actual ha dado a Surcouf a la Francia. El célebre Mahé de la Bourdonnaie, gobernador de la isla

de Francia, nació en Saint-Malo, así como también La Mettrie, Maupertuis y el abate Trublet, de quien Voltaire hizo bastante burla; todo lo cual no es poco para un recinto que escasamente iguala al jardín de las Tullerías.

Lamennais olvidó estas pequeñas celebridades literarias de mi patria: Broussais, y mi noble amigo el conde de la Ferronnays, son igualmente hijos de Saint-Malo.

Para no omitir nada, haré mención de los dogos que formaban parte de la guarnición de Saint-Malo, descendientes de aquellos famosos perros que, según Strabón, presentaban a los romanos, en unión con sus dueños, batallas campales. Alberto el Grande, religioso de la orden de Santo Domingo, declara que «la custodia de una plaza tan importante, como era la de Saint-Malo, estaba confiada a la fidelidad de algunos dogos, que patrullaban todas las noches con una vigilancia y un celo admirables». Más tarde fueron condenados a pena capital por haber tenido la desgracia de comerse inconsideradamente las piernas de un hidalgo. Los criminales fueron reducidos a prisión; uno de ellos rehusó tomar el alimento de las manos de su guardián, dejándose morir de hambre: los perros, como los hombres, suelen ser castigados por su fidelidad. Delos y el Capitolio estaban custodiados por algunos perros, los cuales no aullaban cuando Escipión el Africano iba, al despertar el alba, a implorar a los dioses.

Rodeada de murallas de diversas épocas, que se dividen en *pequeñas y grandes*, y sobre las cuales se han construido paseos, Saint-Malo está defendida, además, por el castillo de que ya he hablado, y cuyas fortificaciones aumentó la duquesa Ana con torres, bastiones y fosos. Contemplada desde fuera, la ciudad insular parece una ciudadela de granito.

Los muchachos se reunían en la arenosa explanada que queda cuando baja la marea entre el castillo y el Fort-Royal: allí fué donde yo me eduqué, teniendo por compañeros a los vientos y a las aguas. Una de mis principales diversiones consistía en luchar con las tempestades y en jugar con las olas que huían a mi vista o que corrían en pos de mí a ganar la orilla. Otras consistían en construir con la arena de la playa monumentos, a los cuales daban mis camaradas el nombre de hornos. Al correr los años he visto edificar muchos castillos, cuya duración debía ser tanta como la del mundo, y que han ve-

nido al suelo antes que mis palacios de arena.

Como mi destino estaba fijado de una manera irrevocable, me entregaron a una infancia ociosa. Algunas nociones de dibujo, de lengua inglesa, hidrografía y de matemáticas, se consideraron más que suficientes para la educación de un chiqueto, destinado de antemano a la azarosa vida de marino.

Crecía sin estudiar nada: ya no habíamos la casa en que yo había nacido; mi madre tomó otra, situada en la plaza de Saint-Vincent, casi enfrente de la puerta que da al Surco. Los pilluelos de la ciudad jugaban conmigo en el patio y en la escalera de mi casa. Yo hablaba su mismo lenguaje; tenía su mismo modo de andar; mis camisas estaban cayéndose siempre a pedazos; llevaba arrastrando unos malditos zapatos caídos de atrás, que a cada paso se me escapaban de los pies; frecuentemente perdía el sombrero, y algunas veces hasta la casaca. Tenía la cara chafarrinada y llena de arañazos y cardenales. Era tan rara mi figura, que mi madre, a pesar de su cólera, no podía menos de reírse y de exclamar: «¡Qué feo es!»

A pesar de esto me ha gustado siempre el aseo, y aun la elegancia. Por la noche me entretenía en componer mis guñapos; la buena Villeneuve y mi Lucila me ayudaban para ahorrarme castigos y reprimendas; pero sus coreusidos sólo servían para hacer resaltar más mi estropeada facha.

El carácter y costumbres de mis compatriotas tenían alguna semejanza con los de los habitantes de algunas ciudades de España. Muchas familias de Saint-Malo residían en Cádiz, y otras muchas de Cádiz habíanse establecido en Saint-Malo. La posición insular, la calzada, la arquitectura, las casas, los aljibes y las murallas de granito de Saint-Malo, le dan cierto parecido a Cádiz; cuando vi esta última ciudad, no pude menos de recordar la primera.

Encerrados por la noche en su ciudad, los habitantes de Saint-Malo no componían más que una sola familia. Tan inocentes eran sus costumbres, que las jóvenes que mandaban traer de París cintas y gasas, pasaban plaza de mundanas entre sus compañeras, que huían de ellas por no contaminarse. Una debilidad era cosa tan inaudita, que habiéndose concebido sospechas de cierta condesa de Abbeville, hicieron unas coplas, que se cantaban ha-

ciendo la señal de la cruz. El poeta, sin embargo, fiel a pesar suyo a las tradiciones de los trovadores, se declaró en contra del marido, llamándole en ellas *monstruo bárbaro*.

En ciertos días del año, los campesinos y los habitantes de la ciudad se reunían en las ferias que entonces se llamaban *asambleas*, y las cuales tenían lugar en las islas y fuertes, situados alrededor de Saint-Malo: iban a pie cuando estaba baja la marea, y embarcados cuando sucedía lo contrario. La multitud de marineros y lugareños; los carros entoldados; las recuas de caballos, burros y muleros; la concurrencia de mercaderes; las tiendas construídas a la orilla del mar; las procesiones de frailes y de cofradías que serpentaban entre las turbas con sus pendones y sus cruces; las embarcaciones de remo y de vela que se veían cruzar de un lado a otro; los buques que entraban en el puerto o que estaban anclados en la rada; las salvas de artillería; las campanas echadas a vuelo: todo contribuía a prestar a aquellas reuniones animación, ruido, movimiento y variedad.

Únicamente yo presenciaba las fiestas, sin participar del general regocijo, porque no tenía dinero para comprar juguetes y bollos. Deseando evitar el desprecio, compañero inseparable del infortunio, iba a colocarme lejos de la gente y junto a los charcos de agua que conserva y renueva la mar en las concavidades de las rocas. Allí me entretenía en ver volar las aves acuáticas, en mirar con la boca abierta los azulados horizontes, y en escuchar los lamentos de las olas al estrellarse contra los escollos. Al llegar la noche, la suerte no me era en casa más propicia. Tenía repugnancia a ciertos manjares, y me obligaban a comer de ellos. A menudo imploraba con la vista la protección del criado La France, el cual me quitaba el plato con una destreza admirable cuando mi padre se descuidaba en volver la cabeza. También me estaba terminantemente prohibido el aproximarme a la chimenea. De la severidad de los padres de aquel tiempo, a la indulgencia de los padrazos de hoy, hay una inmensa distancia.

En la actualidad no es fácil formarse una idea de lo que eran aquellas solemnidades religiosas y de familia, en las que parecía que la patria entera y el Dios de esta patria estaban llenos de regocijo: la Nochebuena, Año Nuevo, los Reyes, Pascua Florida, Pentecostés y San Juan,

que eran para mí días de prosperidad y de contento. Desde el año 1015 los naturales de Saint-Malo hicieron voto de contribuir con sus recursos y con el trabajo de sus manos a levantar los campanarios de la catedral de Chartres. ¿Acaso no trabajé yo también con mis propias manos en alzar del suelo las abatidas cúpulas de la vieja basílica cristiana? «El sol, dice el P. Maunoir, no ha alumbrado jamás cantón alguno donde la fe haya sido venerada con una fidelidad tan constante e invariable como en el de Bretaña. Tres siglos hace que no ha manchado infidelidad alguna la lengua que les predicó Jesucristo, y aun está por nacer el hombre que haya oído a un bretón legítimo predicar otra religión que la católica.»

En los días festivos que acabo de mencionar, me llevaban mis hermanas a recorrer las estaciones a diferentes santuarios de la ciudad, a la capilla de San Aarón y al convento de la Victoria: la voz melodiosa de algunas mujeres invisibles herían agradablemente mis oídos: la armonía de sus cánticos se mezclaba con el bramido de las olas. Cuando en el invierno, al toque de oraciones, se llenaba de gente la catedral; cuando se arrodillaban los viejos marineros y las jóvenes leían sus horas a la luz de las candelas; cuando al echar la bendición repetía la multitud el *Tantum ergo*; cuando en los intermedios de sus cánticos azotaban las ráfagas de viento los vidrios de la basílica haciendo temblar las bóvedas de la nave, en la que resonaron las voces robustas de Santiago Cartier y de Duguay-Trouin, mi corazón experimentaba un sentimiento extraordinario de religioso fervor. En aquel momento no tenía necesidad de que la Villeneuve me dijese que juntara las manos para invocar a Dios; veía el cielo abierto, y a los ángeles ofreciendo nuestro incienso y nuestros votos; inclinaba mi frente, no agobiada aún bajo el peso de las desgracias que nos afligen de una manera tan horrible, y que impelen a no levantarla cuando la ha inclinado una vez al pie de los altares.

Había marino que, al salir de estos religiosos ejercicios, se embarcaba con el espíritu fortalecido contra la noche, al par que otros entraban en el puerto guiados por la iluminada cúpula de la iglesia: continuamente veía la religión y los peligros en presencia la una de los otros, y sus imágenes ocupaban a un tiempo mismo mi imaginación. Apenas había nacido, cuando empecé a oír a hablar de la

muerte; por la noche recorría un hombre todas las calles tocando una campanilla para excitar a los cristianos a que rogasen por sus hermanos difuntos. Frecuentemente vi naufragar y perderse buques a mis ojos; y cuando salía a pasearme a lo largo del arenal, el mar arrojaba a mis pies los cadáveres de algunos extranjeros que habían expirado lejos de su patria. La señora de Chateaubriand me decía: *Nihil longe est a Deo*: «Nada hay distante de Dios.» La Providencia se encargó de mi educación, y a fe que no me escaseaba sus lecciones.

Devoto de la Virgen, a quien me habían ofrecido, conocía y amaba a mi protectora, considerándola como mi ángel de la guarda; a la cabecera de mi cama tenía clavada con cuatro alfileres una imagen suya, que me compró la Villeneuve, por medio sueldo.

Lo primero que aprendí de memoria fué una canción de marinero, que comenzaba así:

Je mets ma confiance,  
Vierge, en votre secours,  
Servez-moi de défense,  
Prenez soin de mes jours;  
Et quand ma dernière heure  
Viendra finir mon sort,  
Obtenez que je meure  
De la plus sainte mort.

«¡Oh Virgen! en vos deposito mi confianza: defendedme y velad por mis días, y cuando llegue mi última hora, alcanzad que muera con la muerte del justo.»

En un naufragio la oí cantar más tarde. En la actualidad repito todavía sus versos detestables, con tanto placer como los de Homero: una sencilla imagen de Nuestra Señora, adornada con una corona gótica, y vestida con un manto de seda azul, me inspira más devoción que una Virgen de Rafael.

¡Si aquella pacífica estrella de los mares se hubiera dignado al menos calmar las tribulaciones de mi vida! Pero yo estaba predestinado a sufrir agitaciones y congojas desde mi infancia; como la palmera del árabe, apenas salió mi tallo de la roca, cuando principió a ser azotado por el viento.

La Vallée-aux-Loups, junio de 1812.

GESRIL.—HERVINA MAGON.—COMBATE CONTRA DOS GRUMETES.—CARTA DEL SEÑOR PASQUIER.—DIEPPE.—CAMBIO DE MI EDUCACIÓN.—LA PRIMAVERA EN BRETAÑA.— BOSQUE HISTÓRICO.—CAMPOS PELAGIANOS.—OCASO DE LA LUNA EN EL MAR.

Como ya dije, mi prematura rebeldía contra las maestras de Lucila fué el fundamento de mi mala reputación: un camarada vino a completarla.

Mi tío, el señor de Chateaubriand du Plessis, establecido en Saint-Malo, tenía cuatro hijas y dos hijos. Mis dos primos (Pedro y Armando), con los cuales me asocié desde luego, el primero llegó a ser paje de la reina, y el segundo, a quien destinaban a la carrera eclesiástica, fué enviado al colegio. Pedro entró en la marina, y se ahogó en la costa de Africa. Armando, que permaneció en el colegio una porción de años, abandonó Francia en 1790, sirvió durante toda la emigración, hizo con intrepidez más de veinte viajes a la costa de Bretaña, y al fin murió por la causa del rey en las llanuras de Grenelle, el Viernes Santo del año 1810 (1).

Privado de aquella compañía, traté de reemplazarla con otras nuevas.

En el piso segundo de nuestra casa vivía un hidalgo, llamado Gesril, que tenía un hijo y dos hijas. Este hijo estaba educado de distinto modo que yo; era un niño mimado, cuyo placer favorito era el de andar a golpes, y de excitar a sus compañeros a armar camorra para erigirse en juez de la contienda. Hacía las más péfidas jugarretas a las criadas, y se hablaba muchísimo de sus travesuras, que se transformaban en negros crímenes. El padre se reía, y Pepito continuaba siendo el queridito de la casa. Gesril llegó a ser el más íntimo de mis amigos, aproveché las lecciones de tan excelente maestro, aun cuando mi carácter era diametralmente opuesto al suyo. Yo prefería los placeres solitarios, y no me agradaba armar quimera con nadie. Gesril, por el contrario, era aficionadísimo a los juegos

(1) Dejé un hijo llamado Federico, a quien coloqué primeramente en los guardias del hermano más inmediato al rey (*Monsieur*), pasando más tarde a un regimiento de coraceros. Casó en Nancy con la señorita de Gastaldi, de quien tuvo dos hijos, y se retiró del servicio. La hermana mayor de Armando, mi prima, es superiora de las religiosas de la Trapa.

(Nota de 1831, en Ginebra).

bulliciosos, y se divertía extraordinariamente cuando se hallaba en medio de las trifulcas de los muchachos. Si me hablaba cualquier pillastre, Gesril me decía: «¿Cómo sufres eso?» Estas palabras me hacían creer que mi honor estaba comprometido, y saltaba a los ojos del temerario: no importándome nada su edad y su estatura. Mi amigo presenciaba el combate y prodigaba elogios a mi valor; pero permanecía impasible, y no acudía jamás a prestarme auxilio. A menudo formaba un ejército compuesto de pillastres que encontraba, los dividía en dos bandos y los conducía a la playa, donde armábamos a pedradas frecuentes escaramuzas.

También inventó otro juego mucho más peligroso: cuando subía la marea y el tiempo estaba de borrasca, las olas que iban a estrellarse al pie del castillo, saltaban hasta las torres principales. A veinte pies de altura, y sobre la base de una de estas torres, había un parapeto de piedra, angosto, escurridizo, inclinado, que se comunicaba al revellín que defendía el foso: se trataba de aprovechar el instante que mediaba entre dos olas para atravesar aquel peligroso sitio antes de que se rompiera la segunda y llegase a cubrir la torre. No había uno siquiera de nosotros que rehusara tentar la aventura; pero todos los muchachos palidecían antes de emprenderla.

La inclinación que mostraba Gesril de impeler a los otros a armar camorras, en las cuales sólo hacía el papel de mero espectador, hará suponer que su carácter no sería después muy generoso; sin embargo, él fué quien en un teatro más reducido llegó a borrar el heroísmo de Régulo; nada más faltó a su gloria sino que Roma la presenciara y que la cantara Tito Livio. Siendo oficial de marina, fué hecho prisionero en Quiberón, y al ver que los ingleses continuaban bombardeando al ejército republicano después de terminado el combate, se arrojó al agua, aproximándose a nado hasta los buques, diciendo a los ingleses que suspendiesen el fuego, y anunciándoles la desgracia y la capitulación de los emigrados. Deseando aquéllos salvarle la vida, le arrojaron un cable, y le invitaron a que subiese a bordo: «Soy prisionero bajo mi palabra», respondió agitando entre las olas, y se volvió nadando a tierra; después fué fusilado con Sombreuil y sus compañeros.

La primera parte de mi historia termi-

nó con dos aventuras, que produjeron un notable cambio en el sistema de mi educación.

Un domingo nos fuimos a la playa, por el lado del *abanico* de la puerta de Santo Tomás, marchando a lo largo del *Surco*, cuyas murallas protegen contra las olas una porción de estacas gruesas clavadas en la arena. Como de costumbre, nos encaramamos a lo alto de los maderos, para ver pasar por debajo de nuestros pies las primeras ondulaciones del flujo del mar. Todos los sitios estaban ocupados y había una porción de chiquillas mezcladas con los muchachos. Yo era el que más próximo me hallaba al mar, y no tenía delante de mí más que una hermosa niña, llamada Hervina Magon, que reía de placer y lloraba de miedo. Gesril estaba al extremo opuesto, por el lado de tierra. La marea iba aproximándose cada vez más; hacía bastante viento, y los criados y niñas gritaban: «¡Baje, señorita! ¡Baje, señorito!» Mi amigo fué alcanzado por una fuerte ola; cuando ésta se sumió entre las estacas, él dió un empujón al muchacho que se hallaba a su lado, éste cayó sobre el que le seguía, y así sucesivamente, hasta que toda la fila quedó derribada como si hubiera sido de naipes; pero permanecieron asidos los unos a los otros: tan sólo cayó al mar la niña, que se hallaba al extremo de la línea. El flujo la arrastró consigo: oyéronse al momento gritos de espanto; todas las criadas se alzaron sus vestidos, entraron en el mar y fueron apoderándose de sus respectivos muchachos, dándoles al mismo tiempo unos cuantos mojicones: Hervina fué rescatada también; pero declaró que Francisco la había echado abajo. Las niñas caen sobre mí; logro escaparme de sus manos, echando a correr para pararme en la bodega de casa, adonde llegó también en persecución mía el ejército femenino. Por fortuna habían salido mi padre y mi madre. La Villeneuve defendía la puerta heroicamente, y sopapeaba a la vanguardia enemiga. El verdadero autor del mal acudió también en mi auxilio; Gesril subió a su casa, llamó a sus dos hermanos, comenzando los tres a arrojar jarros de agua y tronchos de berzas cocidas sobre las sitiadoras. Al aproximarse la noche levantaron el sitio; pero se esparció por la ciudad este acontecimiento, y el caballero de Chateaubriand, que entonces contaba nueve años, pasó por un hombre atroz, por un resto de la banda

de piratas que San Aarón había desterrado de su roca.

Vamos a la segunda aventura.

Algunos días después de la que acabo de referir, fui con Gesril a Saint-Servan, barrio que se halla separado de Saint-Malo por el puerto mercante. Cuando está baja la marea, es preciso atravesar unos cuantos puentes angostos, contruidos con losas, por debajo de los cuales pasan corrientes de agua; en la pleamar los puentes quedan completamente cubiertos de agua. Los criados que nos acompañaban se habían quedado atrás, a bastante distancia de nosotros. Al llegar a uno de los puentes vimos a dos grumetes que caminaban en dirección contraria a la nuestra. Gesril me dijo: «¿Dejaremos pasar a esos tunantes?» y en seguida empezó a gritar: «¡Al agua, patos!» Los grumetes entendían poco de chanzas, y siguieron avanzando: entonces, nos colocamos a la entrada del puente, cogimos unos cuantos guijarros, y se los tiramos a la cabeza. Nuestros enemigos cayeron entonces sobre nosotros, nos hicieron volver pies atrás, y armándose de piedras, nos llevaron hasta nuestro cuerpo de reserva, o, lo que es lo mismo, hasta que nos incorporamos con nuestros criados. Yo no salí, como Horacio, herido de un ojo, pero sí recibí en la oreja izquierda tan descomunal pedrada, que casi me la arrancó.

No sentía el daño que me habían causado, sino el tener que regresar a casa. Cuando mi amigo volvía descalabrado de sus correrías, o llevaba desgarrado el traje, todos se compadecían de él; en el mismo caso, yo no escapaba nunca sin castigo. El golpe que acababa de recibir no dejaba de ser peligroso; pero La France no logró persuadirme a que entrara en su casa. Me oculté en el piso segundo, en la de Gesril, quien me vendó la cabeza con una servilleta. Este vendaje le devolvió su bullicioso humor, y le dió por decir que parecía una mitra; transformóme en obispo de buenas a primeras, haciéndome cantar misa mayor con él y sus hermanas hasta la hora de comer. El pontífice se vió precisado entonces a bajar al piso principal. Sorprendido mi padre al ver mi semblante descompuesto y manchado de sangre, no me dijo ni una palabra: mi madre dió un grito; La France refirió lo sucedido, disculpándome como supo; a pesar de todo esto, no me libté de la correspondiente paliza. Los señores de Chateaubriand mandaron que me cu-

raran la oreja, y resolvieron separarme de Gesril lo más pronto posible (1).

No sé si fué aquel año cuando vino a Saint-Malo el conde de Artois, a quien obsequiaron con un simulacro de un combate naval. Desde lo alto del bastión de la pólvora vi al joven príncipe, presenciando desde las orillas del mar este espectáculo. ¡Cuántos destinos desconocidos encerraban su brillo y mi obscuridad! Hasta entonces, Saint-Malo no había visto más que a dos reyes de Francia: Carlos IX y Carlos X.

Este es el primer cuadro de mi infancia. Ignoro si la severa educación que me dieron es buena en principio, pero mis padres la adoptaron sin designio alguno, o, mejor dicho, fué una consecuencia natural de su humor. En todo caso, es lo cierto que, merced a ella, se han diferenciado bastante mis ideas de las de los demás hombres; y más cierto aún, que imprimió en mis sentimientos un carácter melancólico, hijo de la costumbre de padecer en la edad de la debilidad, de la impresión y de los goces.

¡Tal vez haya quien suponga que semejante sistema de educación hubiera podido conducirme a detestar a los autores de mis días! Mas no fué así; el recuerdo de sus rigores es para mí casi agradable: venero y estimo sus grandes prendas. Soy deudor a mi madre de los consuelos de mi vida, puesto que ella fué quien me imbuyó sanos principios de religión: recogí las verdades cristianas que salían de su boca, como las estudiaba Pedro de Langres en una iglesia, a la luz de la lámpara que ardía ante el Santísimo Sacramento. ¿Se habría desarrollado mejor mi inteligencia, habiéndome dedicado al estudio algún tiempo antes? Lo dudo: las olas, los vientos y la soledad, que fueron mis primeros maestros, cuadraban mejor, acaso, a mis disposiciones naturales. La verdad es que ningún sistema de educación es en sí preferible a otro: ¿quieren más los hijos a sus padres, hoy, que los tutean y que no les inspiran ningún temor? Gesril era tratado con el mayor mimo, en la misma casa donde me refían a mí continuamente, y ambos hemos sido hombres de bien, y tiernos y respetuosos hijos. Tal cosa, que a uno le parece perjudicial, es la que más eficaz-

(1) En mis obras he hablado de Gesril. Una de sus hermanas, Angélica Gesril de la Trochardais, me escribió en 1818 rogándome que procurase obtener que el apellido Gesril se uniera al de su marido y al del marido de su hermana; pero fracasaron mis negociaciones.

(Nota de 1831, en Ginebra).

mente contribuye al desarrollo del talento de un muchacho; y tal otra, que la cree conveniente, bastaría por sí sola para enervar sus facultades intelectuales.

El día 4 de septiembre de 1812, me remitió el señor Pasquier, prefecto de policía, la siguiente carta:

#### PREFECTURA POLÍTICA.

«El prefecto de policía invita al señor de Chateaubriand a que se sirva presentarse en su despacho, hoy a las cuatro de la tarde, o mañana a las nueve de la mañana.»

El prefecto me llamaba para intimarme la orden de que saliera de París, y me encaminé a Dieppe, cuyo primer nombre fué *Bertheville*, y que tomó el de Dieppe hace más de cuatrocientos años, de la palabra inglesa *deep*, que significa *profundo* (surgidero). En 1788, estuve de guarnición en ella con el segundo batallón de mi regimiento; vivir en aquella ciudad, de casas de ladrillos y tiendas de marfil, de aseadas calles y hermoso cielo, era refugiarme cerca de mi juventud. Cuando salía a paseo, me dirigía casi siempre a las ruinas del castillo d'Arques, que están llenas de históricos recuerdos. Cuando me quedaba en casa, se ofrecía a mi vista el grandioso espectáculo del mar: desde ella contemplaba aquel mismo Océano que me vió nacer, y el cual baña las costas de la Gran Bretaña, y donde he sufrido tan largo destierro: mis miradas vagaban sobre las olas que me llevaron a América, me trajeron a Europa y me llevaron después a las costas de África y de Asia.

Mi madre manifestó siempre grandes deseos de que se me diese una educación clásica. Decía que la profesión de marino, a la cual me destinaban, «quizás no fuera de mi agrado»; y, por lo que pudiera suceder, le parecía conveniente darme una educación aplicable a cualquiera otra carrera. Su piedad la inducía a desear que yo me decidiese por la iglesia. Por lo tanto, propuso que me llevaran a un colegio a estudiar matemáticas, dibujo, esgrima, y el idioma inglés, y no habló ni una palabra del latín y el griego, por temor de incomodar a mi padre; pero pensaba interiormente dar orden de que me los enseñaran, reservadamente primero, y en público cuando llegara a hacer algunos adelantos. Mi padre accedió a su proposición, acordando enviarme al colegio de Dol, cuya ciudad mereció la

preferencia por hallarse situada en el camino de Saint-Malo a Combourg.

En el crudo invierno que precedió a mi reclusión escolar, hubo un incendio en la casa que habitábamos; mi hermano mayor me salvó entonces la vida sacándome, con riesgo de la suya, al través de las llamas. El señor de Chateaubriand, que se había retirado a su castillo, llamó a su esposa a su lado, y al llegar la primavera fué preciso obedecerle.

La primavera en Bretaña es mucho más benigna que en las cercanías de París, y florece tres semanas antes. La golondrina, la oropéndola, el cuco, la codorniz y el ruiseñor, llegan con las brisas que se albergan en los golfos de la península armórica. Las margaritas, pensamientos, junquillos, narcisos, jacintos, renúnculos y anémonas cubren la tierra, como en los sitios abandonados que circundan a San Juan de Letrán y a la Santa Cruz de Jerusalén en Roma. Los claros de los bosques se ven matizados de altos y elegantes helechos; la campiña cuajada de gayombas y aliagas, resplandece con sus flores, que parecen mariposas de oro. Los setos, a lo largo de los cuales abundan la fresa, la frambuesa y la violeta, se embellecen con zarzas, maderesivas y espinos silvestres, cuyos tallos, negros e inclinados, producen hojas y frutos magníficos. Por doquiera se oye el zumbido de las abejas y el canto de las aves: los enjambres y los nidos llaman la atención de los muchachos. En ciertos sitios, resguardados del cierzo, crecen, como en Grecia, las adelfas y el mirto, sin cultivo alguno: las brevas maduran tan pronto como en la Provenza; y los árboles frutales, con sus flores de carmín, parecen un gran ramillete de novia de aldea.

En el siglo XII el bosque de Brechehiant ocupaba los cantones de Fougères, Rennes, Becherel, Dinán, Saint-Malo y Dol; los francos y los pueblos de la Dommonéa lo eligieron para campo de sus batallas. Wace refiere que se veía en él al hombre salvaje, la fuente de Berenton y un estanque de oro. Un documento histórico del siglo XV, *Los usos y costumbres del bosque de Brechehiant*, confirma el romance de Rou: «Según los usos, el bosque es grande y espacioso; hay en él cuatro castillos, buen número de estanques, hermosas chozas, donde no hay moscas ni bicho alguno venenoso; doscientos criaderos de árboles, otras tantas fuentes, incluso la de *Belenton*, junto a la cual veló sus armas el caballero Pontus.»